

Edipo cuestionado. Cuerpo y lazo social.

Graciela Frigerio

Javier García

Jorge Palant

Coordinador: Horacio Barredo

Horacio Barredo: Esta mesa, que lleva por título “Edipo cuestionado. Cuerpo y lazo social”, coincide con la conmemoración de los 40 años del golpe cívico-militar –quizás la tragedia más importante de la Argentina o por lo menos de la Argentina del siglo XX– y creo que coinciden específicamente en el tema del lazo social: así como la dictadura fue una de las destructoras del lazo social, el Edipo es por excelencia el organizador de ese lazo social que hoy aparece cuestionado no sé si por toda la comunidad psicoanalítica: para algunos el Edipo ya no da cuenta de todas las patologías existentes, se habla de la pérdida de la autoridad paterna, se habla de padres de Obra Social...

Vamos a tener tres disertantes: la doctora Graciela Frigerio, el doctor Javier García y el doctor Jorge Palant. Antes de que ellos hablen vamos a proyectar el video que lleva por título: “Un cuerpo entre siluetas y sombras”, filmado en el sitio de la Memoria, el ex centro de detención El Atlético. Les agradecemos su presencia así como la de Laura Duguine, que es la coordinadora del sitio, y a todos aquellos que trabajan en el sitio que colaboraron para que esto fuera posible, y a Laura Marini que tuvo a su cargo la performance.

Quería comentarles que este video se va a pasar la semana que viene en el Congreso de Comunidad y Cultura que organiza Fepal y también va a estar en el Congreso de Fepal en Cartagena en septiembre.

Ahora sí presento a los disertantes. Graciela Frigerio es doctora

en Ciencias de la Educación; Javier García es médico, psiquiatra, psicoanalista y es el actual presidente de la Asociación Psicoanalítica de Uruguay; Jorge Palant es médico, psicoanalista y escritor y fue hace muchos años el jefe del Departamento de Niñez y Adolescencia del Lanús.

Javier García: Comparto la actitud de recordar, de hacer memoria, de juntarnos y de hablar de hechos que son terribles y que me parece que sobre todo es juntarnos para tener una posición ética por la vida y por el mundo. Recordar hechos históricos, como el terrorismo de Estado, tiene el límite que nos impone la cercanía con el dolor y la crueldad y es un límite que es necesario tenerlo presente, pero al mismo tiempo sostiene esta posición ética por la vida y se hace mensaje.

Cuando recibí la invitación no era fácil juntar Edipo, cambios en la concepción de Edipo, lazo social, cuerpo y terrorismo de Estado; uno puede entrar en un estado epiléptico cuando piensa en todo eso junto. Pero de pronto se fueron dando ideas y se me armó un relato. Habitualmente nosotros –los psicoanalistas– escribimos bajo la forma de relato, pero éste es más de lo habitual; es decir no me detengo a explicar conceptos, tengo como la esperanza de que puedan evocar en cada uno distintas ideas, pero no tiene un carácter explicativo. Y como estoy acá hay algo que tengo ganas y es de recordar y de dedicar a Pedro Boschán este texto, porque con él tuvimos aventuras psicoanalíticas por América Latina durante muchos años y sé que lo hubiéramos podido compartir.

Cuerpo. Sexualidad. Política. El nexa entre Edipo, lazo social y efectos del terror de Estado sobre la sexualidad humana, el nexa entre lazo sexual y social me ha llevado por distintos senderos de recuerdos y pensamientos, y de los inevitables desafíos entre lo pensable y decible, y lo que aún nos acosa.

Lo que nos acosa puede estar tanto en la pulsión sexual como en la destrucción desde otro. Uno de los recorridos que me encontré haciendo fue el de la sexualidad como objeto atacado por el poder, por un lado; y, por el otro, la sexualidad como grito y denuncia de algo

que insiste por entrar en lazos y sistemas de intercambio, cuando desde lo social se la excluye.

Un breve recorrido a través del cine me permitirá desarrollar algunas ideas.

En 1896 una pequeñísima pieza histórica cinematográfica generaba un escándalo. Se trató de *El beso –The kiss–* de William Heise, primer beso de la historia del cine, menos de un minuto de filmación de un primer plano de un beso no muy apasionado para las costumbres actuales, pero indignante para su época.

A lo largo de los años y de la historia del cine la sexualidad siguió siendo una causa de escándalo, indignación y censura. También lo ha sido por cuestiones de índole religiosa, ideológica, política, étnica; la crueldad a veces en alguna de sus variadas formas, sexualidad incluida.

El escándalo, sin embargo, parece más vinculado a las distintas formas de la sexualidad humana. Seguro que ya *El beso –el de The kiss–* no es hoy causa de ningún nerviosismo, pero sí otros besos y otras formas de mostrar la sexualidad, como lo es el caso de *Ojos bien cerrados –de Tom Cruise y Nicole Kidman (Kubrick, 1999); Cisne negro (Aronofsky, 2010); Shame (McQueen, 2011); Brokeback Mountain (Ang Lee, 2005) y La vida de Adèle (Kechiche, 2013);* aunque estas últimas como expresión del amor homosexual, y *Nymphomaniac (von Trier, 2013)* donde aparece claramente otro tipo de beso que el de 1896.

Formas explícitas de la sexualidad actual. Todos estos casos parecen intentos de que las distintas formas de la sexualidad puedan hacerse visibles y entren en distintas circulaciones culturales y sociales, no necesariamente circulaciones prevalentes pero sí posibles, cortadas abruptamente de formas distintas a los intercambios reglados.

En el medio de esta secuencia abreviada que leí, está la filmografía de Pier Paolo Pasolini donde el sexo fue un tema fundamental como causa de escándalo: *Teorema (1968), El Decamerón (1971), Los cuentos de Canterbury (1972), Las mil y una noches (1974), Saló o los 120 días de Sodoma (1975)* que fue una obra póstuma y quizás la más violenta y pesimista. Este pesimismo apareció hacia el final de su vida, porque antes Pasolini había sostenido que lo que dominó su

obra fue un anhelo de vida. Experimentaba una sensación de exclusión –era homosexual, comunista– pero que no disminuyó sino que aumentó su amor y compromiso con la vida a través de la creación.

Me detengo en el ejemplo de Pasolini porque en su obra el sexo no fue sólo un generador de escándalo por el escándalo mismo, sino que el escándalo sexual fue usado como herramienta a la vez elaborativa, artística y política. Una forma de hacer decible tanto la vida, la sexualidad, como la corrupción; y una forma de hacer decible también una historia de vida infantil rodeada de crueldad.

La sexualidad ha sido atacada política e ideológicamente y ha sido a su vez instrumento de acción política e ideológica, como es este caso. Que no comenzó el 68 en Nanterre en Francia, en esa lucha libertaria, mezcla de sexualidad, filosofía e ideología, tanto como en el pub *Stonewall Inn* en el Greenwich Village en Nueva York, las manifestaciones gays en el 69.

Todos esos delitos fueron rompiendo sistemas rígidos de reacción, clasificación e intercambio de lazos y abriendo formas simbólicas de mayor inclusión y diversidad a los sistemas. Podríamos decir lazos diversos a partir de Edipos complejos, sin dejar de tener reglas de funcionamiento.

Los cuerpos –cuerpos sexuales, erógenos– han sido y son la materialidad de ese campo de batalla, y una materialidad discursiva en interacción con la lucha contra algo que se impone, vivido como paterno y terrible.

Veremos si es realmente paterno y si es sólo vivido como terrible.

También el cuerpo social, metáfora encarnada, ha sido escenario de estos conflictos. La sexualidad no es un preexistente puro sobre el que la cultura ejerce su juicio y condena, el cuerpo erógeno es –él mismo– un constructo en la arena de la historia, la ideología, el lenguaje, el deseo y la urdiembre afectiva de la trama familiar más directa, pero también de los tejidos sociales.

Si hay una relación entre Edipo y lazo social es en la estructura erógena que la sexualidad humana se arma, a la vez como cuerpo erógeno y sistemas de relaciones de intercambio.

Hoy podemos estar enfrentados a cierto desdibujamiento de estos

sistemas y de los cuerpos mismos, a un Eros lavado en culturas que se han descrito como líquidas; pero aun así lo erógeno sigue siendo la causa de escándalos, censuras y ataques.

Lo lavado parece hablar de un ataque, de una sexualidad de lo sexual o lo sexual lavado, incluso en el psicoanálisis actual, en la escucha de los discursos, de los síntomas, una sexualidad *light*, lavada, que ha perdido su fuerza en la escucha.

Quizás esto debería ser pensado como efecto de una acción bastante terrible, como lo demuestra el cuerpo anoréxico en una denuncia escandalosa, cosa que siempre han hecho –y muy bien– las histerias: denunciar un ataque ideológico, económico y político sobre la sexualidad.

En *Edipo Rey* (1967) Pasolini hace diversas enunciaciones indudablemente literarias de Sófocles, psicoanalíticas de Freud, políticas en relación al fascismo y personales referidas a su padre y a su historia de vida familiar. Lo familiar y lo político se entramaron por la ubicación en la Italia de Mussolini y por su padre que era un oficial militar que le salvó la vida al *Duce* cuando intentaron matarlo, un hombre alcohólico y violento en la vida familiar.

El prólogo de ese *Edipo Rey* transcurre en un pueblo italiano durante los años del fascismo, el padre de Edipo es un joven oficial del ejército fascista, las relaciones madre-hijo, de la pareja y las relaciones padre-hijo, todas se dan en ese contexto social-político de tensión autoritaria, idealización y terror. El joven padre –oficial fascista– le dice a su hijo: “Vienes aquí para ocupar mi puesto, para reducirme a la nada, para robarme cuanto tengo y lo primero que me vas a robar es a mi mujer, a quien amo. Lo peor es que ya me estás robando su amor”.

Podemos ver allí, ciertamente, lo que un hijo puede provocar en el padre proyectivamente. Pero no sólo, también lo que un padre, incluso una generación adulta, puede sentir en relación a los hijos y jóvenes... Hice un agregado, ayer leí en un titular de un diario uruguayo: “Piden 21 años de prisión para parricida uruguayo en España. Degolló a su hijo de 19 meses y acuchilló a otro de 15 años”. Digo: ¿cómo se puede tomar que todo viene del lado del hijo?

En el film, tras una escena que bien podría pensarse como la visión de una escena primaria por parte de Edipo, el padre toma a su

hijo apretando ambos tobillos. Un rápido cambio de escena conduce a un desierto y al momento donde Edipo es abandonado con los pies atados y rescatado.

De ese contexto fascista pasa a la Corte de Corinto, a Tebas. Y en el viaje, en la encrucijada mata al viejo, libera a Tebas del flagelo de la Esfinge y antes de ser empujada la Esfinge y caer, la escucha decirle: “Hay un enigma en tu vida. Es inútil hijo, el abismo al que tú me empujas está dentro tuyo”.

Viejo y ciego, retorna a la colonia natal y materna. La relación con la madre no aparece resaltada como conflictiva sino todo lo contrario, idealizada. Es la relación con el padre, el odio especialmente del padre al hijo, lo que destaca en el origen del drama. Un enfoque poco freudiano –quizás– pero que aun así está en Freud. Pasolini afirma que es en esa relación hijo-padre, en ese odio desde el padre, donde se encuentra el origen de toda su creación, todo lo que es ideológico, lo voluntario, lo activo y práctico en su actuación como escritor y como luchador.

Podemos reconocer que en el psicoanálisis este padre cruel no es una novedad, pero tampoco el filicidio está en el centro de las teorizaciones; en la teoría freudiana la palabra filicidio no se encuentra y lo trabajado fue el parricidio, pero, de los mitos referidos por Freud, la hostilidad del padre a los hijos y el filicidio sí están presentes, como en el caso de Cronos que devora a sus hijos.

Freud dice en *La interpretación de los sueños*: “Cuanto más irrestricto, ilimitado, fue el poder del padre en la familia antigua, tanto más se vio el hijo llamado a sucederle, situarse como dueño y sentir la impaciencia de ejercer la dominación por la muerte del padre”.

Lo que sostiene es que existen acciones de los padres que pueden favorecer la hostilidad de sus hijos hacia ellos. Rascovsky sí desarrolla abundantemente este concepto.

De cualquier forma lo enfatizado en Pasolini parece ser esta crueldad del padre, que no le permite ser padre, o para decirlo mejor a mi modo de entender, no le permite ser construido padre por y para ese hijo.

¿Acaso no es eso un padre? ¿No es un acto retroactivo en *Tótem y Tabú* la reconstrucción del padre?

La hostilidad y crueldad del padre favorecen los deseos parricidas en acto, pero sobre todo la imposibilidad o la gran dificultad en construir una vía simbólica de los sistemas de relaciones a través de la sexualidad y la tendencia a un retorno desarticulador, destructivo y gozoso.

El padre terrible no es un padre en todo lo que esta palabra indica de configuración simbólica ni de experiencia con un padre real, con “el viejo”. En las afirmaciones “El Estado soy yo” de Luis XIV, o la historia que se cuenta de un militar de la dictadura uruguaya que, cuando se le invoca la ley, golpea su arma sobre el escritorio mientras dice: “La ley soy yo”, quizás también el “Yo soy” de Cristo como respuesta a la pregunta “¿Tú quién eres?” de los fariseos, esa unión con Dios, con la ley y con el poder absoluto no hace posible construir un padre.

Freud construyó un mito de origen de la cultura y la ley frente a la horda a partir del análisis del tótem, del acto sacrificial del animal totémico que es devorado sucesivamente para renovar la identidad y el linaje, en la medida que ese animal remite al padre de origen a quien acosa el linaje.

El padre que da linaje ha sido creado a posteriori, *après coup*, en el acto sacrificial del banquete, es decir creado en el acto donde los hijos sacrifican algo de sí. Ese Uno del padre primordial que todo lo tenía fue dislocado, repartido y a partir de allí un padre fue creado por los hijos como padre de linaje, padre simbólico.

Al menos este parece ser también el recorrido a través de fantasías que encontramos en análisis. Es creíble que hubieran muertes, devoraciones, mayos terribles, descuartizadores de hijos; al tiempo que revoluciones, filicidios y también es creíble que estos actos siguieron y siguen sucediendo de diferentes formas.

El grupo necesita de actos sacrificiales renovados para hacer lazo, al mismo tiempo que legislar una tensión de la diferencia necesaria a sostener. Una tensión que reconoce a los otros con deseos sobre algún objeto común y que algo hay que ceder, que sacrificar, dar una parte de sí a los efectos de crear un orden diferencial pero de lazo, que permita la existencia del grupo, sea familia o sociedad.

Derrida y Zizek dicen que esa violencia fundacional de ley se silencia, se olvida. Ambos llevan a Freud, sin duda; nos evoca algún mecanismo de lo que suponemos fundando también el psiquismo humano, un mecanismo del olvido fundante y acceso simbólico, algo primordial, una represión en los fundamentos.

En todos los casos dar algo de sí, experimentar la saturación de uno mismo es lo que nos permite construir algo de la paternidad.

El trabajo de esta mezcla agresiva entre padre e hijo que Pasolini dice haberlo nutrido de fuerza creativa, sigue siendo un camino a contrapelo con una fuerte carga inercial, al tiempo que salpicada de explosiones gozosas. Posiblemente por hacerse desde el mundo adulto y paterno, pues toda la sociedad tiene un fuerte contenido agresivo hacia su descendencia, los jóvenes, especialmente cuando adolescentes; es decir luego del desarrollo genital adulto.

La rivalidad sexual edípica quizás sea lo que predomina en el hijo, mientras que la agresividad parricida parece surgir más de las heridas que la imagen narcisista del padre sufre en el encuentro-desencuentro con el hijo, especialmente cuando es desafiado por él y sabemos que esta fractura narcisista puede provocar la agresividad máxima. La función normalizadora del padre también pone en juego el ejercicio de la autoridad, la aparición del poder en esa relación y la imposición del “no”. Más talentosamente o más duramente, más racionalmente y pedagógicamente o más como ejercicio de autoridad directa, un “no” siempre es eso, un impedimento opuesto a la acción pulsional, una reideación de la falta de objeto en la experiencia primaria que permite recorrer el circuito del deseo e interrumpe el goce. Por eso un “no” paterno parece ser, antes que otros “no”, un *dar anime*, un “no” en el propio padre, un espacio faltante que le permita al hijo colocarse allí y descolocarse.

Este ejercicio del “no” en el padre nunca está liberado de alguna culpa: “¿Habré sido muy fuerte?”. “¿Demasiado enérgico?”. “¿Me habré excedido con esa penitencia?”, etc., es decir nunca es totalmente simbólico y ordenador sino *après coup* de la satisfacción directa, por lo que podemos suponer que tiene su disfrute.

Es la culpa la que señala que ahí hubo un disfrute en el acto que ejerció el poder, es decir una posición de amo. El exceso de este dis-

frute filicida en el acto amerita o potencia la posesión parricida y sus derivados en *actings*, o en actos sublimatorios si es posible. Algo de este orden parece aparecer en Pasolini a partir de su infancia llena de violencia, consecuencia de un padre autoritario, alcohólico, maltratador de la madre, oficial fascista y con fuertes deseos filicidas.

Pasolini es asesinado macabramente, y por causas aún enigmáticas, en noviembre de 1975 –hace cuatro décadas, 40 años– cinco meses antes de la fecha en que se instala la dictadura argentina, aunque el Plan Cóndor y la dictadura del Cono Sur latinoamericano ya estaban constituidas oficialmente y de facto. ¿Un asesinato realizado por un joven débil, enclenque, contra quien era experto en artes marciales, o por tres emisarios mafiosos ante una denuncia que Pasolini haría en una próxima película?

Especialmente sorprende la declaración de quien lo encuentra: pensó que era un montón de basura, residuos. Un cuerpo deshecho, atacado en sus genitales, destrozado, atacada su cabeza y estallada, y varias veces pasado por arriba con su propio auto; desecho. Un cuerpo humano hecho carne, un cuerpo erógeno, político, creador, literario y cinematográfico hecho restos, una erogeneidad política destrozada.

Cuando eso ocurrió yo recién hacía un mes que había terminado de visitar las mazmorras de algunos cuarteles, donde se descuartizaba como parte de los cimientos de la dictadura. Las bases mismas y al mismo tiempo el objetivo.

La tortura nunca fue un buen método para obtener información, todos lo saben. En la desesperación del dolor, cualquier cosa se puede decir para detenerlo. Pero ella misma es la esencia de un sistema que intenta descuartizar los ideales, los lazos amistosos y sociales, las creencias, la solidaridad, los afectos, los pensamientos.

Las mazmorras tienen ese microclima de barbarie, mucha humedad en paredes y pisos, manchas de sangre percutidas en los poros de los muros, revoques rasgados con dedos y uñas para dejar sus rastros, respiraciones de otros cuerpos descuartizados a pocos metros, gritos, llantos... Todo muy contenido en lo posible.

Un silencio frío, una comunidad íntima de respiraciones sin palabras, apenas carraspeos o inspiraciones fuertes o toses.

El tiempo se olvida de la distancia entre el hambre y el asco, o la sed, o la necesidad imperiosa de orinar o defecar, o el cansancio y el sueño que llevaban a perder la estabilidad eran respondidos con golpes de culatazos incesantes, sin ninguna clemencia.

Es que el otro se vistió de púa que se mete insidiosa entre articulación y articulación, entre sonido y silencio, entre pensamiento y afecto, entre recuerdo y presente... y no cesa de meterse tratando de descuartizar todo lazo armado entre Eros y cultura en su dimensión más íntima, amorosa.

Por esa época aparecieron cuerpos en las playas, decían que eran chinos o coreanos, pero todos sabíamos que esos rasgos adquiriría un cadáver en descomposición y que el Río de la Plata llevaba a las costas lo que pasaba río arriba y río adentro, tobillos marcados por ataduras, también de Edipos, restos.

Hoy los antropólogos buscan sin cesar junto a las respiraciones ansiosas de muchos familiares, algunos ya reemplazados por generaciones más jóvenes, buscan sin cesar señales, huellas que van desapareciendo también, restos que den anclaje de sepultura a los fantasmas presentes de los desaparecidos.

En *Ostia*, obra teatral del dramaturgo uruguayo-francés Sergio Blanco, texto leído por el propio autor y su hermana Roxana Blanco, los hermanos reflexionan sobre su infancia y su relación al tiempo que cuentan la historia de la ciudad italiana de Ostia. Es un espectáculo de instalación con el centro en lo efímero, escrito sólo para ser representado por ellos, nadie más, morirá con ellos; a este formato el autor lo llama “una instalación orgánica”. El argumento también cuenta la historia de Italia, desde la fundación de Eneas hasta el crimen de Pasolini en Ostia, pasando por Mussolini. Se lleva a cabo en la ciudad italiana de Ostia, lugar de su creación y también del hallazgo de los restos de Pier Paolo Pasolini. Mientras los hermanos leen, cada uno sentado tras un pequeño escritorio, en el escenario sólo hay –además– un montón de diarios que parecen tapar algo que podría ser un cuerpo, que podría ser un resto. Dos hermanos, uno junto al otro en la lectura y en los recuerdos infantiles incestuosos, parecen unir también dos mares y puertos, uno en el Mediterráneo, otro en el Río de la Plata;

allá los restos de Pasolini a quien la obra honra, acá los desaparecidos.

Nuestras sociedades conviven con algo peor que un cadáver que habita entre nosotros y es la presencia de los desaparecidos. Sergio Blanco dice que es la dramaturgia donde más se abordó la temática de la dictadura, en otras obras desarrolló más la noción de la tortura y el horror, pero en *Ostia* se habla sobre la huella que puede dejar una dictadura en la infancia de alguien y en toda una generación.

Entre el Río de la Plata y el Mediterráneo, entre el Imperio Romano, la Segunda Guerra Mundial y hoy, Ostia fue una ciudad portuaria del Imperio Romano pero también el lugar donde Mussolini experimentó sistemas atroces, donde se asesinó brutalmente a Pasolini y donde Blanco escribió a su “viejo”.

Muchos años después de algo terrible que intentó desarticular los cuerpos sexuales y sociales, las lecturas humanas de la carne elaborada por palabras, música y experiencias sensibles, nos encontramos frente a lo que insiste como acoso, lo que ha perecido de desgaste, las huellas perdidas, desechos también, efímeras; y lo que se relanza como recuerdos, como nuevos relatos y nuevas construcciones.

No hay museo de la historia humana que pueda garantizar la perennidad de las huellas. Lo vemos en aquello que Freud sostuvo sobre la falta de desgaste de los contenidos inconscientes, como si hubiera algún lugar donde lo eterno fuera posible, algo sin desgaste.

El tiempo nos trae –sí– ciertos reencuentros o ilusiones de reencuentros a partir de algunos rasgos que insisten. Esto nos permite seguir armando relatos, historias y experiencias humanas compartibles, aún desde experiencias de desgaste.

Pero a decir verdad lo que acosa es una falta de pérdida, una falta de vertido, de algo que no cesa de no enterrarse y que no tiene resto que le permita caer para quedar sólo como relato.

Graciela Frigerio: Debo decirles antes de empezar que el texto que nos fue leído, es un texto profundamente conmovedor y que no me resulta muy sencillo inmediatamente después empezar a abrir aquello que tenía previsto y que seguramente se irá modificando, no sólo porque no estaría en condiciones de leerlo exactamente sino porque es

imposible que uno no se modifique después de escuchar ciertas cosas que producen ciertos hechos.

Les voy a decir también que me resulta muy difícil pensar en un Edipo cuestionado, quizás porque yo siento en mi trabajo como educadora –me gusta definirme así– que Edipo permanentemente nos cuestiona; quizás porque siento en mi trabajo institucional que Edipo está todo el tiempo –todo el tiempo– con su historia; que felizmente –lo diría así– no descansa porque desde esos territorios donde estoy confrontada a lo que llamamos las infancias minorizadas, Edipo sigue haciendo su camino y dando cuenta de una trama muy compleja que no es la del Complejo de Edipo –si los psicoanalistas me disculpan– sino la trama compleja de la infinita ambigüedad, de la enorme contradicción de la condición humana que se ejerce en el marco de las relaciones intergeneracionales.

No puedo entonces cuestionar a Edipo, Edipo todo el tiempo – todo el tiempo– se hace presente a las sombras, ciego dando a ver, ciego pero no tanto.

Lo veo también ahí donde hay una desesperada demanda de filiación, una búsqueda de identificaciones múltiples, eso que Pontalis llamaba la felicidad de las filiaciones múltiples, felicidad que hoy tienen pocos porque los modelos identitarios se han empobrecido radicalmente.

No puedo cuestionarlo tampoco porque constato ahí esa mezcla particular entre no querer filiar y engendrar a cualquier costo, a cualquier precio, con cualquier técnica, sin ningún otro, en ausencia de otredad.

Y debo decir que me resulta difícil no reactualizar esto en este tiempo, y voy a tratar de volver al guión que había inicialmente previsto, un guión que se llamaba *Mil comienzos* y que tenía la pregunta ¿Cuándo empezó todo?

¿Cuándo empezó? Y digo cuándo empezó pensando también este comienzo, el comienzo aquí con este video, un video de sombras, de huecos, de unos ruidos sin palabras, unos ruidos aterradores, el recuerdo de unos crímenes.

Quería decir que cuando me pregunto por dónde comenzar a tratar

lo que quisiera tratar sólo podré hacer distintos intentos insuficientes, fallidos, unos modos de intentar aferrar algo, aprehender un sentido, comprender algo, encontrar unos significados. Y por esto es torpe y quiero que sepan disculpar mis torpezas al hablar.

Lo que quiero compartir son unas intuiciones, es más algo –yo les diría– de lo que ignoro, de mi ignorancia, que de algunos saberes que anden por ahí. Y llegaré a Edipo en este recorrido como al final, nombrándolo. Pero en realidad sabemos que no estaríamos acá si él no estuviera desde el principio, si no estuviera acá –a su modo– acompañándonos; acompañándonos bajo la forma en que me gusta recordar, porque debo decirles eso de mí, me gusta leer literatura y poesía, me gusta encontrar algunos autores que vuelven a poner el camino sobre viejas sendas, haciendo trazados nuevos.

Es el caso de Bauchau en *Edipo en el camino*; es el caso de Bauchau –psicoanalista que ustedes conocen– cuando describe a Antígona; es el caso de Christa Wolf cuando reescribe *Medea* y *Cassandra*.

Pero aquí no quiero hablar de ellos, quiero hablar de Charlotte Delbo, una mujer que estuvo en los campos mucho tiempo, una mujer de teatro. Ella escribía así, algo que quiero tomar a propósito de decir por qué Edipo sigue acompañándonos, ella lo dice así magníficamente, yo no podría encontrar mejores palabras: “Las criaturas del poeta no son carnales, por ello las llamo texto. Pero ellas son más verdaderas que las criaturas de carne y sangre, porque son inagotables –yo cuento que Edipo es inagotable– ellos son mis amigos, nuestros compañeros, aquellos gracias a los cuales estamos ligados a los otros humanos en la cadena de los seres y en la cadena de la historia”.

Ha transcurrido el tiempo para decir cuándo empezó todo. Por supuesto la historia de Edipo... incontable, tampoco importaría tener una fecha que lo invista. Han pasado los años y algunos acontecimientos. Algunos dicen de los últimos, aquí, 40... 40 años dice una agenda, una agenda que pone medidas para lo que no tuvo medida, para lo desmedido. La agenda quizás mienta, todo empezó muchísimo antes.

¿Cuándo? ¿Dónde?

Tan lejos, tan hace tanto tiempo como en los orígenes, como en el originario quizás.

En las palabras de Christa Wolf, que no habla de lo originario, simplemente se inventa una Medea, coloca una Medea recorriendo los laberintos del palacio detrás de la reina. La había visto escabullirse y se pone a hurgar en la misma pared donde la reina había hurgado y dice así: “Tanteé con los dedos reacios la profunda escotadura de la piedra y encontré lo que había temido. Lancé un grito que resonó en aquel dédalo de caverna. Entonces di la vuelta, retrocedí. Había encontrado lo que había averiguado, lo que quería saber. Cuando lo averigüé me prometí olvidarlo tan pronto como pudiera y desde entonces no puedo pensar en otra cosa, que en aquel cráneo estrecho e infantil; en aquellos omóplatos de huesos fríos; en aquella grácil columna vertebral. ¡Ay! ¡Ay! Esta ciudad está fundada sobre un crimen”.

En ese punto Edipo hoy todavía nos acompaña, quizás porque –como Freud solía decir– les entrego una banda de asesinos que tenían en la sangre el deseo de matar, como quizás –dice él en *Moisés*– aun lo tenemos nosotros mismos todavía. Todavía. Siempre. *Encore*.

Lo que hoy nos convoca –entiendo– bajo este título, es la necesidad quizás de reunirnos para perseverar en elaborar algo de lo poco que puede ser elaborado, ustedes lo deben saber mejor que yo, no todo es elaborable. Quizás lo que nos reúna sea una suerte de empecinamiento, que nos lleva a resistir a todo intento de inculcar ignorancia; a todo intento de instituir unas razones que se despliegan bajo la modalidad de políticas de censura. Quizás nos reúne también tanto intentar evitar que las políticas de censura –que no es lo mismo que el olvido, el sujeto tiene derecho a olvidar pero el Estado no tiene derecho a censurar–; políticas de censura –decía– que tendrían la contracara igualmente tenebrosa: las políticas de institucionalidad, de institución, una memoria única y una memoria completa y una memoria totalitaria y una memoria estatal. Tal vez –me pregunté, me dije– lo que nos reúna sea la necesidad, la urgencia, por qué no el deseo de un consuelo que nos permita llevar de otro modo los duelos, o que ellos no sean nuestra única posesión.

Cuando digo necesidad de consuelo pienso en Stig Dagerman cuando dice: “Todo lo que poseo es un duelo. Y el duelo, el otro duelo, el de la pelea se libra, se lleva a cabo en cada minuto de mi vida

entre los falsos consuelos que sólo acrecientan mi impotencia y vuelven más profunda mi desesperanza; y los verdaderos consuelos que me llevan a una temporaria liberación”.

Como él dice, nuestra necesidad de consuelo es imposible de satisfacer. Quizás haya sido así siempre, en algunos tiempos quizás esto sería más imposible, incluso a veces imposible de acompañar.

Por eso estuve pensando cómo nombrar esto que primero se llamó *Edipo, el mal querido* pero que después pensé llamarlo –y creo que es totalmente desacertado porque no encontré la buena manera– algo que podría ser *Irregularidades o regularidades en la filiación*, algo que se organizaría en torno a unas preguntas: ¿de dónde vienen los niños y de dónde los padres? O de la pregunta: ¿quién hace a quién?

Y en realidad es una cuestión que ustedes tienen acá en la entrada una cita de Pierre Legendre, un autor para mí profundamente conmovedor, que remite sin duda a la institución del nacimiento: lo que pospone en el centro de nuestra represión y que para Legendre no es otra cosa que someter el deseo a la exigencia de reproducción de la especie y producir el discurso por el cual el enigmático objeto entre paréntesis, la criatura, puede ser hablada como sujeto de filiación.

Por supuesto yo podría haber empezado de otra manera, casi haciendo un paréntesis y hubiera dicho así: “A los muertos no reconocidos les queda sólo la posibilidad (para no desaparecer) de ser mantenidos como inmortales en el interior de los sobrevivientes que los transmiten a la generación siguiente”.

Punto acá, o paréntesis, para decir dos cosas: terrible tarea la de transmitir esto, tarea a la que no todo el mundo puede hacer frente, a la que no todo el mundo quiere hacer frente; carga terrible para la generación siguiente, como diría David Viñar o como diría Alberto Polichequi, depositar en la generación que viene la responsabilidad de elaborar aquello que dejamos de lado.

Pero dice así: “[...] en el interior de los sobrevivientes que lo transmiten a la generación siguiente. Y así sucesivamente hasta que un día el reconocimiento de su muerte les permite ser un muerto que ha estado vivo y no un desaparecido como algo que nunca existió”.

Sin duda hay causas para hacer política. Rancière diría: “La polí-

tica existe porque existe la causa del ‘otro’”. Por supuesto, decir que la política existe no quiere decir que con la política se pueda todo, ni siquiera algo. Etienne Tassin retomando a Merleau-Ponty nos lo recuerda, dice: “Todo lo que los hombres emprenden para acomodar colectivamente su vida social fracasa, no deja un margen de duda. Pero nadie concluye por ello que la política es vana, y en todas partes, todos los días, hombres y mujeres se levantan para combatir en nombre de la igualdad y la justicia”.

Alguno debe haber levantado, en el no olvidar... en esa ambigüedad del no olvidar, ustedes lo saben, a veces no se puede vivir con ciertos recuerdos. Primo Levi –¿se acuerdan de esa historia?– escribe lo que aconteció en los campos porque si no lo escribía –él, que no era escritor sino químico– tenía la impresión de que los otros habían desaparecido porque él no había dado sus nombres; pero cuando terminó de testimoniar no pudo soportar el recuerdo y se quitó la vida.

En fin, podríamos haber empezado desde otro punto de partida, algo así como recordar que finalmente la humanidad no cesa de construir una y otra vez *shibboleth*, esa palabra sobre la que trabaja Paul Celan recordando aquello que hacía frontera; ¿pasará?, ¿no pasará?, ¿lo dejaré pasar?, ¿no lo dejaré pasar?

En fin, entre lo que pasa y lo que no pasa, lo que pasó, lo que aconteció, lo que recordamos de mil maneras, lo que quisiéramos olvidar –como decíamos al principio– y no podemos... es que el pasaje del pasado al presente no puede efectuarse sencillamente cuando un desastre inmoviliza al tiempo.

Ustedes saben que Davoine trabaja esto en toda su elaboración sobre historia y trauma, y ella –ellos, porque en realidad trabaja con Gaudillière– marcan la dificultad en la que quedan los descendientes cuando lo que se les puede pasar, cuando lo que se les vuelve disponible sólo son trozos de temporalidad congelada.

¿Cómo vivir con un trozo de temporalidad congelada? ¡Qué trabajo! ¡Qué trabajo terrible! ¡Qué exigencia! Sobrecargados por la necesidad de una elaboración pendiente, casi inhibidos de inventar una herencia y ustedes saben que las herencias no se reciben, se inventan, pero hay que tener algún soporte para poder inventarlas.

Una herencia, lo recibido, los huecos, lo vacío, el horror, lo siniestro... En fin, lo que ofrece la fábrica de los tiempos. Una fábrica de los tiempos donde trabajan cosas en tensión y en contradicción. Por supuesto lo que Legendre llamaría la fábrica de la semejanza, la fábrica del hombre, lo que requeriría aparece, reconocimiento y ternura.

Pero al lado de esto, y parece funcionar a tiempo parcial, después de haberse desentendido del núcleo de los operarios, trabaja la fábrica de palabras, como Hannah Arendt la llamaba. Ésta nunca descansa, hace falta mencionar no sólo lo que pasó sino lo que sigue pasando, las guerras no necesariamente formalmente declaradas, las muertes colectivas causadas por la desnutrición y todas las muertes de los que se aventuran en balsas tratando de llegar a una playa que les resulte –y no es– hospitalaria.

Por supuesto trabaja a full la fábrica de las vidas dañadas o de las vidas mutiladas, como las podría llamar Adorno o las denomina Enriquez, las que se institucionalizan cuando no se lleva a cabo ese exorcismo de la violencia originaria, o ese exorcismo de lo originario. Sabemos que el exorcismo nunca es completo, sabemos que si no se renueva no funciona, sabemos que renovándolo no dura, pero de eso se trata vivir con otros.

Por supuesto sabemos que en la actualidad también trabaja la fábrica de impostores, oportunistas, conformistas, insensibles, tan insensibles como políticamente correctos.

Sabemos también que finalmente trabaja la fábrica de lo sensible, como diría Rancière, la de volver inteligible algo de lo que se siente, la que permite *partager*, partir y compartir.

Y por supuesto la fábrica política de políticas públicas, pero éstas parecen hoy estar en cesación de actividades o tomadas totalmente por un imaginario tramposo, que no se deja alterar por nada que pueda interrumpir, o amenazar interrumpir, el más de lo mismo.

En fin, aquí estamos entre un mundo que dejó de ser y otro que aún no aparece. Y ahí, otra manera de pensar –Legendre una vez más– la fábrica de los hijos es frágil. Quizás porque hay algo que pasa muy complicadamente en los procesos de filiación, algo que apunta a impedir la llegada del hijo. Ojo, no estamos hablando de la máquina de

hacer carne, ni de los engendradores; estamos hablando de la llegada del hijo.

En fin, éste es el punto donde vamos a acercarnos a Edipo porque hacer posible la llegada y atreverse a ceder el paso, a dar lugar, admitirse como mortal... en este tiempo nadie quiere dar lugar, nadie quiere decir “Pase usted por favor” porque llegó después.

Hay algo ahí que trabaja, me parece que uno podría decir que Edipo tiene tanto más vigencia que asistimos al levantamiento en el sentido del borramiento, en el sentido en que Derrida podría plantear lo deshumano, es decir en ese intento de eliminar el rasgo de semejanza del semejante y estaríamos en un tiempo donde alguien dice: “¡Afuera los tabúes!”. “Tabú. Prohibido pasar”. “No hay lugar para usted”. “No existe”. Y acá no se trataría solamente del tabú que se levantó y se sigue levantando, que impide, que evita, que advierte acerca de lo siniestro que acontece si alguien decide volverse, en tanto señor de la guerra, propietario de un cuerpo ajeno; sino también de otros tabúes, y nadie lo dice mejor que Dany Laferrière –haitiano, ahí donde todos los tabúes están levantados– y él dice pensando en Port-au-Prince, una ciudad desgarradora, terrible, cruel, en fin... Dany Laferrière dice: “¿Pensaron en una ciudad de más de dos millones de habitantes cuya mitad muere a la letra de hambre? La carne humana también es carne. ¿Durante cuánto tiempo un tabú podrá hacer frente a una necesidad?”.

Levantamiento de todos los tabúes por traición, traición de aquel que esperábamos que fuera el garante de la dimensión simbólica; traición del Estado que decide no sostener, ni colaborar, para que nadie pueda ponerse de pie, andar solo, meterse con los cuerpos. En fin, meterse con los cuerpos, *desublimación represiva*, diría Žižek pensando en Marcuse. O –¿por qué no?– Melanie Klein nos hubiera bien ilustrado al respecto... ¡Te haré papilla! ¡Te voy a hacer añicos! ¡Te destriparé!

Levantamiento del tabú, destripados, añicos, desollados, despedazados, quebrados. ¿Por qué los cuerpos? Ustedes recuerdan, si uno retoma a Nancy, Nancy retoma a su vez a Aristóteles, que dice: *El alma es la forma del cuerpo organizado. Pero el cuerpo –dice Nancy– es la que dibuja esa forma*. Es la forma de la forma. Es la forma del alma. El alma sigue en sí –como señalaba Descartes– está extendida por

todas partes a través del cuerpo, está en todo insinuada, escurrida, infiltrada, omnipresente.

Por eso había que hacer desaparecer los cuerpos, porque no se soportaban las almas.

Los que se toman por dioses, los que se confunden y ejercen el oficio de los dioses se consideran propietarios de cuerpos y almas; y necesitan romper una para quebrar la otra, quebrar la otra para que no quede uno, para que no quede nadie.

Los cuerpos molestaban porque representaban las almas que las sostenían.

Los que se escudaron en la obediencia debida se desentendieron de la obediencia *de-vida* tomaron a su cargo el intento de que desapareciera todo. ¿Y de qué se apropiaron también?: de lo que quedaba, de los nombres, se llevaron los nombres. No puedo sino recordar esta cuestión releendo a Kristeva; ella –como ustedes saben es esclava– recuerda que allí donde había crecido, donde pasó su infancia los 24 de mayo –no de marzo, de mayo– se festejaba la fiesta del alfabeto y toda la población salía, cada niño llevando una letra de alfabeto cirílico –era una fiesta en homenaje a Cirilo y Metodio, que eran los dos hermanos que inventaron el alfabeto cirílico– cada uno llevaba una letra con orgullo y la letra significaba algo más que una sola letra, cargaba una idea.

Nosotros no festejamos el alfabeto y dejamos a los otros despojados de todo. ¿Por qué? ¿Cómo puede ser? ¿Cómo puede ser que se concreten las escenas indeseables? Quizás porque hay que admitir lo que dice Gribinski: *la escena indeseable es la que realiza el deseo*. ¿Deseo de quién de transformar a los otros en NN? ¿Deseo de quién de borrar el rasgo de semejanza?

Lleguemos a Edipo. Edipo –Gribinski diría– es uno de aquellos que no ha renunciado a ser el autor de su infancia. Por eso insiste, persevera, pregunta, quiere saber.

¿Qué es Edipo? Nuestra actitud, quizás efecto de la maldición intergeneracional, de una hostilidad intergeneracional. Dije maldición porque en realidad lo tengo previsto en otro orden –vuelvo al orden– de dos maldiciones, ser efecto de dos maldiciones.

La primera, la que habiendo sido lanzada contra su padre recae sobre él condenándolo a ser prematuramente un huérfano de padres vivos.

Y la segunda, la que le lanza Yocasta, su madre, su mujer, cuando él insiste en querer saber sobre su historia y ella lo maldice porque sabe que ahí hay algo irreversible en el descubrimiento.

Quizás porque ella, la entregadora, ella, la indigna, nunca ignoró que ese muchacho tan parecido a ella quizás fuera aquel que engendró con Layo, a pesar de Layo, y que después entregó a la muerte.

En la hostilidad intergeneracional no hay lugar para el nuevo y los grandes temen ser reemplazados. No hay poder para el hijo si el grande está habitado por el deseo de inmortalidad, el grande lo condena a muerte.

¿Qué da Edipo a ver y a saber? Tal vez cosas sencillas pero terribles; el amor a los nuevos, a los hijos, a las crías del humano no tiene nada de natural.

Quizás lo que rija las relaciones sea más el odio que el amor. Quizás bajo el nombre de políticas para la infancia se despliegan políticas contra la infancia. Eso sí, mencionando la coartada de los derechos y las convenciones.

En fin, si los niños y los grandes se ven recíprocamente reflejados en su mirada, ¿qué ocurre cuando la mirada refleja algo del orden de lo que no queremos ver, de lo insoportable? ¿Será que unos y otros rompen los espejos? En fin, Edipo en todo caso decidió enceguecerse.

Quizás porque no quería ver más el mundo externo, ni a Yocasta colgada por ahí. Quizás porque no quería ver su cuerpo que había formado parte de un todo.

Quizás porque simplemente quería tener los ojos cerrados para volverlos hacia los sueños y recordarlos así, por las noches.

En todo caso recomienzo para cerrar con la palabra comienzo y un pequeño texto de Henry Bauchau. Bauchau relata una escena donde Edipo ciego se puso a tallar un acantilado; talló en el medio de la roca una nave donde pone a todos: donde está Yocasta, donde está Antígona, donde está Ismene, donde están sus hijos, donde están todos los que encontró en la vida y él mismo como timonel. Cuando

termina esa obra sale de la gruta, está acompañado –en la historia de Bauchau– por Antígona y por Clío; salen de la gruta, están agotados, se acuestan uno al lado del otro, cada uno en el silencio del otro; unos piensan en acción, otros piensan en Yocasta, en la música sobre la montaña, Edipo piensa en los enigmas y en los oráculos y piensa en la vida, la vida que dice comienza... la vida que dice comienza y se obstina.

Y por eso, quizás, nadie tiene el derecho, nadie debería adjudicarse el derecho de enunciar hacia nadie exigencias tales que el deseo de vivir se desvanezca.

Gracias.

Jorge Palant: Creo compartir al menos dos cosas precisas con quienes hablaron antes de mí; una, el planteo que cada uno ha hecho en relación a cómo articular esas dos cosas, cómo articular los 40 años del Golpe con un título que diga *Edipo cuestionado. Cuerpo y lazo social* y la otra el hecho de que hayan tomado en sus respectivas presentaciones textos y temas de ficción, en el caso de Javier él paseó una larga filmografía de Pasolini y se refirió al *Edipo rey*.

Yo no les voy a leer la obra *Edipo rey*, no porque me falten ganas sino porque sería muy complicado. Cuando creí que había logrado articular esto que me resultaba difícil, me encontré pensando así: hay un Edipo cuestionado, por lo menos en el título de esta reunión, hay un Edipo cuestionado y –como señaló Javier en un determinado momento– se reduce el cuestionamiento al Edipo de Freud, el que hizo Melanie Klein, el que hizo Lacan.

Todos los cuestionamientos que se han hecho del Edipo freudiano han sido en función de las dificultades, que a partir de un determinado momento muy temprano, tuvo el psicoanálisis para dar cuenta de la cura, del levantamiento de los síntomas. Freud renuncia muy tempranamente al tratamiento de la neurosis obsesiva y Ferenczi renuncia –tan tempranamente como él– al tratamiento de la histeria; cuando digo *renuncia* quiero decir Freud dice: “con esta práctica con los neuróticos obsesivos no va”, paradójicamente cuando escribe su historial más completo, que es el de *El hombre de los lobos*; y autoriza a Fe-

renczi a que éste se dedique a hacer lo que él llamó terapias activas. Esto era en 1919 y en 1932 Ferenczi se lamenta de haberlo hecho, se arrepiente de haber tenido esa actitud con sus pacientes.

Hay una cosa que acompaña a Edipo en Freud, a Edipo en Klein, a Edipo en Lacan y es el tema del padre, ¿cómo pensar a Edipo sin el padre?

Lo que se hace a veces más difícil de ubicar es el momento en el que Melanie Klein intenta llevar a partir de una fantasía de muy difícil concepción –al menos lo fue siempre para mí– esa figura que es la figura del pene del padre dentro del cuerpo de la madre; esa figura que finalmente consigue dar cuenta en función de la violencia, del sadismo que se ejerce sobre ella, de lo que pueden ser las estructuras clínicas, es una cuestión cuantitativa, pero Klein dice: *el pene del padre en el interior del cuerpo de la madre*. Lo curioso, al menos para mí, es que Lacan no lo va a decir así, Lacan va a decir: *el significante del nombre del padre en el deseo de la madre*. Son dos situaciones distintas, una es excesivamente imaginaria, la otra es simbólica en tanto lo que se trata es de significantes, y a partir de ahí el tema del padre es un tema que sabemos reverbera en el psicoanálisis, finalmente la pregunta “qué es un padre” no es una pregunta que se conteste fácilmente. Pero es un recorrido que podría hacerse muy sucintamente, que se establece a partir de esto que se llama Edipo cuestionado, o sea ¿es un Edipo cuestionado por quién?, por el psicoanálisis; ¿por quién?, por los psicoanalistas; ¿por qué?, porque a partir de un determinado momento la práctica generó dificultades insalvables y había que modificar la teoría porque pareciera que fue el camino más alentador, más allá de que los resultados no fueran extraordinarios, pero que es mucho mejor que enfrentar las dificultades de la práctica modificando la práctica.

Este Edipo cuestionado lo traslado a *Edipo rey*, a Sófocles. Yo voy a hacer un recorrido por la obra de Sófocles, porque me generó alguna idea al final del recorrido que creo que tiene que ver con la unión de estas dos cosas que nos convocan hoy.

Entonces por una parte en la obra –en *Edipo rey*– hay un Edipo cuestionado; pero entiendo *cuestionado* en el sentido de algo que hace

cuestión y me tomo la libertad de decir algo que hace pregunta. Es un Edipo interrogado, es un Edipo al que se le piden cosas.

Eso es al comienzo de la obra. Por otra parte, además de este Edipo cuestionado en el texto de Sófocles, tomo un Edipo cuestionante en tanto nos cuestiona a todos en nuestra condición de ciudadanos.

Los personajes de *Edipo rey* son Edipo, Creonte, Tiresias, Yocasta, un mensajero, un pastor y el coro. Hay en Tebas un crimen sin esclarecer. Edipo desconoce esto, lo que sabe Edipo es que la ciudad está asolada por una peste y que los habitantes de la ciudad van hacia él con rango de suplicantes para pedirle que, así como los salvó de la esfinge que se dedicaba a matar sistemáticamente ciudadanos porque no conseguían responder las preguntas que les hacía, así como los salvó de eso, le piden ahora que los salve de la peste. Pero es un pedido que encierra también una situación cuestionante, porque le dicen: “No podría llegar a ser que nos hayas salvado de la esfinge y no puedas salvarnos de la peste. Tendrías que tener muy en cuenta eso”.

La respuesta de Edipo es una respuesta llena de vivacidad, llena de interés, llena de preocupación. “Estoy preocupado por todos” –por todos–. “También estoy preocupado por mí pero me interesa ser de todos”, o sea tiene una actitud muy cívica, muy de ocuparse de la polis, de lo que pasa en la polis. Dice: “Esto me concierne a mí, yo tengo que dar respuesta a esto”.

Y en un momento dado dice: “No puede ser que no se sepa muy bien qué pasa, por qué es esto”. Ahí entra en juego otro elemento que es exterior, que es Apolo y el oráculo de Apolo y le dicen: “Hemos enviado a Creonte –Creonte es el cuñado de Edipo, es el hermano de Yocasta– para que nos traiga algunas noticias de qué es lo que Apolo piensa de lo que está pasando y justamente aquí viene”. El teatro tiene eso: “justamente aquí viene”.

Efectivamente llega Creonte y lo que dice es que el oráculo le ha dicho que de lo que se trata es de un crimen que mancha a la ciudad y que no ha sido aclarado. Un crimen... ¿qué crimen?, un crimen, pero no dijo nada más.

Se habla de Layo; hablan de la muerte de este hombre que ha sido asesinado... “¿Alguien sabe algo?” –dice Edipo– “¿Alguien dice algo? ¿Alguien tiene algún indicio?”. Aparentemente no.

“Entonces a partir de ahora están todos conminados a traerme información. Es una orden. Yo lo digo”. Es decir, sea el que sea el que sepa algo que lo diga, el que se sienta implicado que lo diga. Si es alguien que está muy cerca de mí también.

Los hace participar en esta cuestión cívica, de la polis; se trata de ver qué es lo que está pasando en esa ciudad, de dónde viene.

En un momento dado dobla la apuesta y se compromete más, se exalta un poco y lanza una maldición sobre los tebanos. Una maldición que me recuerda mucho en su estructura la maldición en ese poema de Primo Levi que se llama *Si esto es un hombre*, que es un poema con el que él encabeza la segunda edición de *Si esto es un hombre*. El poema dice “Vosotros, que contempláis a esto que parece un hombre pero que en realidad no lo es / y a esta mujer que tiene los cabellos destrozados y no parece / no tiene nada que ver con lo que se pueda pensar que es una mujer / decidme si esto es un hombre, si esto es una mujer / recordando lo que pasó, no os olvidéis nunca de esto que hemos vivido, de esto que está pasando. / Y si no lo recuerdan que la maldición caiga sobre todos, / que las casas se derrumben, / que a sus hijos los echen, / que no les permitan entrar, / que los amigos los abandonen”.

Y la maldición de Edipo es así: si realmente no se ocupan de lo que tienen que hacer, que sus mujeres no den hijos, que sean infecundas, que la tierra no produzca...

Me llama la atención –y me gustaba por otra parte– encontrar estas dos maldiciones tan cercanas una a la otra. Seguramente hay muchísimas más en la literatura y en la historia, yo pude dar cuenta de estas dos.

Una vez que está planteado esto y que vuelve Creonte, la obra empieza a tomar un cariz un poco más complicado para Edipo; porque Edipo le pregunta a Creonte: ¿Qué pasó?, ¿qué te dijo Apolo? Y Creonte le dice: Bueno... dejémoslo...

–No, no, ¿qué te dijo?

–Que está complicada la situación.

–Pero con eso no me decís nada, le dice Edipo.

–Fíjate, hay un crimen que quedó sin aclarar...

–¿Un crimen de quién?

–Hablemos otro día –le dice Creonte– no te va a ir muy bien con este asunto, dejémoslo así.

–¿Pero por qué? –y se empieza a enojar–. Me tenés que decir de qué se trata.

–No estoy obligado a decírtelo...

Y se trenzan en una situación muy violenta que Creonte corta yéndose. Pero la intervención de Creonte deja instalada una zona ambigua en relación a esto que está pasando en Tebas.

–¿Por qué no le preguntamos a Tiresias?

Tiresias es ciego. Es el adivino, el que sabe todo, el que se ocupa de saber las profecías, de desentrañar animales, de ver las piedras, los vientos... y se le tiene mucho respeto.

Entra Tiresias –o sea otro personaje– y Edipo repite el mismo juego:

–Me dijo Creonte que fue al oráculo de Apolo y Apolo le dijo que había pasado esto, pero yo no sé mucho más... Estoy en una posición en la que todavía no sabría para dónde ir.

–No te conviene –le dice Tiresias–. Mejor te dedicás a otra cosa.

–¿Pero por qué no me conviene?

–No te conviene porque esto que estás buscando podría llegar a ser muy riesgoso para vos.

–¿De qué me estás hablando? ¿Es una amenaza? ¿Qué es todo este asunto?

–No, simplemente que...

–¡Me lo tenés que decir! ¡Tenés la obligación de decírmelo porque yo soy Edipo y soy venerado!

–¿Sabés por qué no te lo digo?, porque después me vas a maldecir y te vas a dar cuenta que estás muy implicado en este asunto.

–¿Yo? –dice Edipo–. ¡No, esto es un complot!

Y arma una teoría conspirativa en donde Creonte y Tiresias lo que quieren es derrocarlo, con ayuda extranjera o sin ella, pero que él no los va a dejar... Lo trata muy mal a Tiresias y Tiresias prácticamente le dice:

–Realmente no te lo quería decir, pero esto te concierne a vos. Ese

hombre que estás buscando, ese asesino del cual nadie sabe nada es de acá, de Tebas. Ha estado muy cercano a Layo y está muy cerca tuyo...

Despierta una gran violencia. A mí en más de una oportunidad me gustó leer la obra como lo que es el trayecto de un análisis. Por supuesto que los análisis –por suerte para todos nosotros– no terminan con que el analizante se quita los ojos... por suerte, pero de la castración se trata, no de *esa*, pero de la castración se trata porque se trata de la ley; cuando hablamos del padre estamos hablando de la ley.

Entonces cuando digo en relación al trabajo de un análisis, el recorrido de un análisis, lo digo en el sentido de que eso que se llama la verdad, eso que busca Edipo y que quiere saber. Edipo es uno que quiere saber, quiere saber qué pasó. Finalmente no duda, hace todo lo que está a su alcance para movilizar el espacio en el que viven todos como para que esto se ponga en marcha. ¿Y qué es lo que recibe? Es como si a un analizante uno le tirara en las primeras sesiones que se quiso acostar con la madre, que mató al padre... lo que quiero decir es que despierta una respuesta paranoica, señalamientos de conspiración, violencia...

Pero lo curioso es que esto que se dice al principio que genera en quien lo dice una interpretación salvaje y en Edipo esta respuesta, a medida que el texto transcurre eso que se dijo resultó que era así, pero ese fue el recorrido de un análisis, o sea una búsqueda de la verdad acorde a las circunstancias, que tenga que ver con lo que Edipo, en este caso, está en condiciones de preguntar y escuchar... y que termina mal para Edipo pero entendemos que es algo que tiene que ver con la castración, que es un poco el sentido o fundamento de lo que es un análisis: que el sujeto atraviese la dimensión de la castración que le corresponde.

De esta situación, o sea de esta violencia cuando ellos se van, entra en escena Yocasta que ha escuchado gritos, ruidos, pregunta qué pasa y Edipo le contesta. Yocasta tiene una actitud muy parecida a la que tenía Creonte y a la que tenía Tiresias, le dice que no se preocupe demasiado por eso, que no vale la pena y ahí dice una de esas frases que son muy recordadas y que creo que Freud la toma en *La interpretación de los sueños*, cuando dice: son muchos los hombres que sueñan acostarse con su madre, pero en los hechos no es tan así y

además no hay que darle tanta bolilla a esa cuestión, habría más bien que dejarla de lado.

La cuestión empieza a armarse de una manera más compleja, porque a medida que Edipo va tratando de entrar por los desfiladeros por los que puede entrar como pareja agregándose elementos de verdad que lo coloquen ¿dónde?, en su historia, ¿dónde?, en una memoria que él no tiene.

Aparece un mensajero que llega de Corinto porque se da una cuestión, en un momento dado Edipo empieza a dudar quién lo engendró, pero porque Tiresias se lo dice y él empieza a dudar, empieza a preguntar por su origen: ¿qué pasó?, ¿qué pasó con mi padre?, entonces él cuenta que estando en Corinto un borracho un día lo encaró y le dijo que él no era hijo de esos padres; sus padres no eran Pólipo y Mérope. A él le dio terror esa situación y por más que los padres intentaron calmarlo decidió huir de la ciudad.

Huye, ¿y dónde va? Va a lo de Apolo para que le diga qué es lo que tiene que hacer y Apolo le dice: sos indigno, andate... Y Edipo se va —es la escena que recordaba Javier, la escena de los tres cruces— y le cae con Apolo el oráculo de que está destinado a matar al padre; él huye de eso, mata a Layo en el camino, llega a Tebas, vence a la esfinge, tiene el trono, a Yocasta, y tiene hijos.

A esta altura él estaba muy convencido de que había tenido mucha participación en esto, porque pregunta: ¿adónde lo mataron a Layo?

—En un cruce de tres caminos.

—¿En un cruce de tres caminos?

Él pasó por ahí y él tuvo un episodio ahí...

—¿Pero quiénes fueron?

—Fueron unos bandidos que andaban por ahí.

—¿Pero no hay nadie que haya sobrevivido? ¿No hay nadie que haya estado ahí para ver?

—Sí, hay un pastor.

—¿No se lo puede traer a semejante pastor?

Y en eso entra un mensajero que pregunta: ¿Acá está Edipo? ¿Alguno de ustedes es Edipo?

—Sí, yo soy Edipo.

–Yo vengo de Corinto y vengo a decirte que tu padre murió, entonces tenés que ir a Corinto porque vas a ser rey.

–¿Mi padre murió?

–Sí.

–¿Y de qué murió?

–De enfermedad.

–O sea que yo no tuve nada que ver. ¡Estoy a salvo!

Pero la cosa se complica porque él, no satisfecho con esto y articulando cada vez más los elementos que se le han ido dando como teniendo sobre él efectos de verdad, pide que llamen ahí mismo al pastor que era el único sobreviviente de la matanza de los tres caminos.

Pide que llamen al pastor, el pastor llega y se juntan el pastor y el mensajero. Se miran...

–Yo te conozco. ¿De dónde?

–¿Me conocés?

Edipo dice: ¿qué pasó?, ¿cómo es esta historia?

–No podría hablar –dice el pastor– no tengo mucho que decir.

Y Edipo lo amenaza, pero lo amenaza mal, lo amenaza que lo mata si no habla...

–Si no hablo me matás y si hablo también me vas a matar... A pedido de la reina Yocasta tuve que llevar a un niño que era hijo de Layo y me dijeron que lo tenía que matar, lo llevé al monte Citerón pero no lo pude matar y lo dejé... Y ahí me encontré con este buen señor que estaba ahí y se lo di, se lo di para que lo matara él, pero este buen señor en lugar de matarlo, se lo llevó a los reyes de Corinto que no podían tener hijos.

Todo parece más claro para Edipo, se han juntado todas las puntas y él queda enfrentado a una verdad que amenaza destruirlo. Entonces el pastor le dice:

–No me hagas decir algo que es horrible de decir.

Y él le dice:

–También es horrible de escuchar pero yo lo tengo que escuchar.

Era corajudo... Tenía coraje Edipo, y mucho. Y era ético también, porque en un momento dice:

–Si yo tengo que perder mis bienes y mi reino, yo los apuesto. Si

soy el que está implicado y entonces estoy condenado a la muerte o al destierro, yo me alejo de estos bienes terrenales.

Eso es algo que Lacan acentúa en *El seminario de la ética* cuando hay una ética de los bienes y habla de ética del deseo, que son dos cosas muy distintas.

Hay una obra de Jean Anouilh que se llama *Antígona* en donde se ve la distancia, la oposición ética que hay entre Edipo y Creonte, ya en el discurso de Antígona porque Edipo no está presente en esa obra, ya estaba muerto.

Antígona pide que entierren al hermano, que no lo dejen librado a los cuervos como carroña y Creonte le dice: vos sos de la raza de Edipo y yo no; vos estás con esa historia de tu papá y tu mamá... Te digo una cosa, si mañana viene alguien del monte y me dice que soy hijo de tal, que maté a tal... ¿sabés qué le digo?, que estoy muy ocupado porque yo tengo que gobernar.

Lacan a la *Antígona* de Anouilh la llama fascista por esta actitud de Creonte, que se intensifica al final.

Con algunas lagunas –probablemente– les conté esta historia, traté de que no se notaran pero yo me di cuenta que sí... pero quería llegar a esto, que es algo muy simple. ¿Qué nos muestra el desarrollo de Edipo?, que es un hombre valiente que arriesga sus bienes, arriesga su reino, lo pierde, se castiga, se quita los ojos, se castiga porque vio lo que no tenía que ver, estuvo donde no tendría que haber estado, se acostó con quien no tendría que haberse acostado... y entonces no merece ver más nada, no merece estar en ese lugar y pide que lo destierren.

¿Cuáles son los tres elementos, entonces, que juegan en esta obra?
Memoria, verdad y justicia.

Y esos son términos que a nosotros nos resuenan mucho, siempre nos resuenan y nos resuenan mucho a los 40 años en conmemoración del Golpe de Estado y de la dictadura cívico-militar, que fue una de las peores cosas que nos pasó, a nuestro país y a nosotros.

Memoria, verdad y justicia.

Yo después me tomé la libertad de armar un pequeño diálogo imaginario con Edipo –no le pedí permiso a él, no me lo iba a dar–

pero me puse a hablar con él; me puse a hablar con él porque él me preguntó, en un momento dado me dijo:

–Mirá, esta es la historia de mi vida. Esto fue así. Yo pasé por estas cosas. ¿A ustedes qué les pasó? ¿En este lugar hubo crímenes que no hayan sido llevados a la justicia?, ¿hubo manchas que no se han lavado?, ¿cómo pasaron las cosas?

Me puso en un aprieto, pero traté de encontrar la manera de decirle y empecé a contarle lo que todos nosotros sabemos: se dio el golpe cívico-militar, había empresarios muy poderosos que empujaron a militares a que hicieran todo el trabajo sucio mientras ellos seguían enriqueciéndose, esto duró hasta un momento en que después vino la democracia otra vez y al poco tiempo se empezó a hacer un juicio a las Juntas y se dictaron condenas, cadena perpetua a las Juntas...

–Qué bien –dijo Edipo.

–Pero duró poco eso porque los militares todavía tenían fuerza, amenazaron y terminaron esos juicios, se dictaron las Leyes de Punto Final y Obediencia Debida –Edipo puso una cara rara–. Leyes de Punto Final y Obediencia Debida, la situación terminó y entró en un *impasse* porque a partir de ese momento todo quedó ligado a noticias, declaraciones, expectativas, esperanzas, organismos de Derechos Humanos, gente que buscaba y que hablaba mal desde Plaza de Mayo... otro día te cuento la historia de las Madres de Plaza de Mayo. Bueno, pasó todo eso... Incluso te digo más: hubo indultos e indultaron a los genocidas.

Edipo se agarró la cara: –¿Indultaron a los genocidas?

–Sí, los indultaron directamente. Y todo esto siguió así, cayendo, por lo menos, en una meseta bastante incómoda, chata, con quienes querían y quienes no querían, siempre las Madres de Plaza de Mayo y las Abuelas de Plaza de Mayo en primera línea y algunos políticos, pero en general había cierto temor. Hasta que en el año 2003 el gobierno pasa a estar en manos de Néstor Kirchner, después Cristina Kirchner, y ahí se le da un enorme envión al tema de Derechos Humanos porque se reabren los juicios, se derogan las leyes de Obediencia Debida y Punto Final, el Parlamento las deroga y empieza ahí una etapa de recomodación de las cosas en donde los conceptos de memoria, verdad y justicia pasan a ser una realidad, eso existe, empiezan

los juicios, siguen los juicios, hay megacausas enormes, vos no vas a entender; pero megacausa de La Perla, megacausa de la Esmá... es muy grande todo eso y te digo más: en ningún lugar del mundo los juicios a los genocidas fueron tan amplios, tan intensos como los que sucedieron en este lugar y siguen sucediendo. Quiero que sepas que lo más difícil ahora es enjuiciar a los empresarios, a los grandes poderes concentrados de la economía, esos que son culpables pero están ahí y zafan, como el Poder Judicial está muy comprometido ellos zafan. Pero independientemente quedan algunos adentro, uno al que le dieron doce años, un empresario, el primero...

La verdad es que en ese momento me di cuenta de que me había cansado un poco hablar con él, me quedé en silencio y él me miró y me dijo:

–Decime una cosa, porque algo nuevo que yo sé es que hace poco hubo un cambio de gobierno. ¿Qué va a pasar con esta lucha por los Derechos Humanos y memoria, verdad y justicia?

Horacio Barredo: Gracias, Jorge. No sé si alguien del público quiere hacer alguna pregunta o comentario...

Público: Yo quiero hacer una pequeña contribución. En el mundo en que uno ha vivido –y me tocó la suerte de estar una vez en Grecia, hará unos 40 años– yo estaba en un lugar y buscaba el Trivium, yo tenía la certeza de que era por ese lugar y nadie me sabía decir, me crucé con un montón de gente que caminaba por ahí y nadie me sabía decir. Hasta que de pronto una señora –que me dijo que era embajadora de Grecia no sé en dónde– me dijo: “el Trivium está acá”. Fui y estaba el Trivium, por lo menos el camino y los cruces estaban.

La reflexión es: sólo el que infiere sabe dónde está el Trivium. Los que no preguntan nunca lo van a saber...

Público: Para acompañar lo que decía Javier, la primera vez que se vio orinar en un film, es una sombra que se proyecta cinematográficamente en el año 1958, en una película alemana en donde un sargento militar se detiene para orinar.

Y Mary Astor, en una obra maestra previa a la Segunda Guerra Mundial, está embarazada de nueve meses con una cintura que a mucha gente de acá le gustaría tener, embarazada de nueve meses a parir dos semanas después, ella después fallece... la actriz en la película era Mary Astor y tenía una cintura de 40, 50 centímetros; estoy hablando del año 38, para acompañar esto de la restricción brutal que había en Hollywood con respecto a todo lo que implicara sexualidad. Y yo creo lo mismo que dicen ustedes acerca del cuerpo –el tema Edipo. Cuerpo y lazo social– yo creo que estos cuerpos fueron ultrajados, violados y destruidos. Y que la participación –efectivamente hay que recordarla– no fue sólo militar y que además de eso denominar *violencia institucional y política* en las semanas pasadas, en pleno 24 de marzo, al puro terrorismo de Estado, me parece de un cinismo lo más pérfido posible.

Público: Escuché con atención y pensaba: ¡que esto está presente hoy!, hace cuatro horas escuché y miré por la televisión los aumentos que hay del 50% –por ejemplo– en el transporte; hay otro tipo de genocidio que no es quitar la vida en el sentido de muerte, pero quitar vida a la vida se está haciendo hoy. Esto que Jorge tan bien dijo, no solamente tenemos que poner la mirada 40 años atrás –que sí hay que ponerla– pero poner la mirada día a día.

Jorge Palant: Como Javier habló de la muerte de Pasolini y esto que se dice de la muerte, es así y lo mataron de esa forma. Pero la familia de Pasolini en más de una oportunidad –la última no hace mucho– apeló el cierre de los procesos que había porque se condenó a alguien a quien después se liberó, apeló porque la familia estaba convencida de que detrás de la muerte de Pasolini había cuestiones muy políticas, pero que también –y era lo más delicado– había cuestiones religiosas.

No es muy claro, por lo menos para mí, qué es lo que no le perdonaron a Pasolini; si la versión que hizo de *El Evangelio según San Mateo*, con ese Jesucristo revolucionario, o la versión que hizo de *Saló o los 120 días de Sodoma*, con esa manera de mostrar el fascismo, esa cosa despiadada... Eso no está claro pero es algo que bulle, es algo que cada tanto sale a la palestra y vamos a ver qué pasa con eso.

Público: En función del último comentario recuerdo un texto de Hinkelammert que se llama *La fe de Abraham y el Edipo occidental*, que me resultó muy interesante porque ahí Hinkelammert compara el Edipo griego con el Edipo judeocristiano, precisamente el Edipo cristiano. Muestra muy claramente cómo en el Edipo cristiano aparece la figura de Dios que manda matar al hijo, digamos el deseo de la muerte del hijo, del sacrificio y el hijo obedece, no se puede plantear, justamente, el tema de la resistencia.

Y lo combino un poco con esta idea de Kierkegaard de la obediencia a la ley como ley de muerte y el salto a la fe como salto al absurdo.

Me parece interesante sobre todo cuando uno se pregunta qué va a pasar después, cómo justamente hay un cierto consenso donde internaliza esa lógica del sacrificio y donde en definitiva no se revisa ese Edipo judeocristiano que en el fondo es un padre devorador, pero al mismo tiempo la inmovilidad y la imposibilidad de la resistencia.

Me parece que ese es un mito fundante y sin ese mito no se puede pensar la dictadura militar.

Javier García: Yo no desarrollé toda esta noticia del diario uruguayo del parricida en España, que mató a su hijo pequeño e hirió al otro y fue sentenciado por parricida. Su proyecto era matar a sus otros hijos, matarse él y ofrecer todos sus bienes al padre.

Puede ser un suicidio piadoso, pero me preguntaba cuántos hijos hacen esto de matarse para satisfacer el deseo del padre.

Público: Todos sabemos la historia de Edipo, no la voy a repetir, él mató al padre y desposó a la madre. Jorge preguntaba qué es un padre; Javier hablaba del parricidio, del filicidio; Graciela hablaba del lugar en la filiación.

Ahora, Edipo mató a Layo. ¿Layo era el padre de Edipo?, era el genitor de Edipo, la filiación es simbólica, no es biológica. Layo habrá engendrado a Edipo pero lo expuso como los espartanos exponían a un bebé que nacía defectuoso al pie del Monte Taigeto y no era un hijo, no era un hijo porque no había sido reconocido por el padre. Pólipo sí lo reconoció como hijo.

Nos ha quedado permanentemente que Edipo mató a su padre, que era Layo. Y me pregunto: antes de que Edipo lo matara, ¿Layo era el padre de Edipo? ¿No será el asesinato de Layo por parte de Edipo el que lo convirtió en padre?

Pero Edipo ha quedado siempre como el prototipo del parricida y en rigor al matarlo lo convirtió en el padre que hasta ese momento no era; había sido, en todo caso, el genitor, pero no el padre.

Jorge Palant: Lo que se hace difícil es seguir el recorrido, pero cuando hablamos del padre, cuando pregunto qué es ser padre, es una de las preguntas que al psicoanálisis no le resulta fácil de contestar. En todo caso –vuelvo a Lacan– tiene muchas respuestas o por lo menos indica muchos caminos para diferenciar esta posición del padre, la función del padre. Pero digo que lo que resulta complicado es hacer el recorrido que va del mito a la tragedia y a la lógica.

Graciela Frigerio: Yo comparto plenamente lo que se acaba de exponer y diría que es ese gesto de muerte lo que hace a Edipo finalmente un hijo, pero a Edipo no le quedaba otra porque él estaba en la búsqueda de un padre, luego tenía que matar a cualquier hombre que se le cruzara en el camino. Y también estaba a la búsqueda de una madre, por eso le pasa lo que le pasa, por decirlo de alguna manera.

Pero en efecto Layo fue un espectador pero no fue un padre hasta que Edipo lo mata, pero Edipo no fue el hijo de Layo hasta el momento en que lo mata, ni tampoco fue el hijo de Yocasta hasta que ella deviene su mujer.

Público: Yo quisiera hacer algo así como un reconocimiento en el sentido de que no se planteó el tema de que la violencia fue una cosa innata sino que se la ubicó dentro de un contexto histórico, que hablando de lo que se habla hoy por hoy en muchos lugares, muy fácilmente se cae en esta idea de que la violencia es una cosa innata del hombre.

Recién se hablaba también de cómo se puede pasar desde lo edípico a la lógica. Ahí estamos en un tema que yo no creo que sea

tan difícil, siempre y cuando nos podamos ubicar en la necesidad de que siempre hay conflicto y que lo que necesitamos es una lógica del conflicto. Con lo cual me acerco al tercer punto que quería plantear, viniendo de esta cuestión de la ideología de si el hombre es innatamente cruel y violento o si no es tan innatamente cruel y violento, al tema de la necesidad de que desarrollemos desde el psicoanálisis una concepción más importante y más clara acerca de las fantasías que sustentan a la ideología; porque éste es un tema que está en este momento candente si nos ponemos en la situación de qué es lo que están determinando estas formas tan binarias que se dan en todo el mundo, por decirlo así, donde estamos yendo a una situación donde justamente lo edípico desaparece.

Público: Mi idea es que se puede ubicar al padre en el terreno del destino; es decir, a eso está destinado Edipo, a saber la verdad y recibir ese castigo. Entonces me parece que destino y castigo ponen en juego nuevamente el encontrar al padre y que tal vez el tema –a mí me resulta de mucho interés el video– me parece que hay en la insistencia de ir trabajando alrededor de esa desaparición y de lo que se mueve alrededor de esa desaparición, algo que tal vez aún no ha tomado cuerpo, lo que tal vez puede... esperemos, así como decía Jorge que va a pasar con el nuevo gobierno, qué va a pasar con algo que ojalá tome un cuerpo, algo de cuerpo, y que ese cuerpo que tome sea algo distinto de “estamos destinados”. Porque en el “estamos destinados” está el padre.

Jorge Palant: Complicado esto que dice Héctor, porque nos hemos apoyado mucho a partir de la dictadura y cuando empezó toda la reconstrucción de la trama social, cuando empezaron la reconstrucción de los hechos, los deseos de venganza que se tramitaron por los juicios, no hubo un solo acto de venganza en relación a las muertes, a las masacres... Pero una de las cosas sobre las que se insiste, incluso a partir del *Nunca más*, una de las cosas sobre las que se insiste y se insiste todavía –y creo que está bien que sea así– es con el tema de recordar para que no se repita. A mí me parece que éticamente eso es

algo a lo que uno no debe renunciar como posición, como posición política y como posición subjetiva; pero que probablemente no alcance con eso.

Cuando hablaban de destino yo recuerdo que en 1938, en el Congreso de Nüremberg, Hitler le dice a los jefes del partido nazi que estaban con él –hablando de la cuestión judía–: “¿Quién se acuerda hoy de los armenios?”. Y es fantástico eso porque ahí hay dos memorias, una que es la del olvido pero otra que es la memoria de él, porque él se acuerda y él tiene el proyecto de repetir. Es decir que hay una repetición que está más allá de la voluntad de memoria o de algunos olvidos, hay una repetición que es el mal en acto.